El amante de las cobayas
モルモットの愛好者

Álvaro Sabater Gárriz

El amante de las cobayas

モルモットの愛好者

Álvaro Sabater Gárriz

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2022
© Álvaro Sabater Gárriz 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-42-9
IBIC: FA

A Maribel

Quiero dar las gracias a la gente que un día se vio «enmarronada» en el proceso que culmina con la publicación de esta historia.
Muy especialmente a Paloma Ramírez, por estar desde el primer momento haciendo que mis manuscritos fuesen mejor de lo que eran.
A Macu Moreno, mi «Bro» Alberto, Elena Ramírez, Raúl Lahoz, Yanira Afonso, Vandor Bajko, Chuli, Mateu Moya, Aitor y Akane, las camareras del café Comerç… También a aquellos a los que mi torpe memoria haya dejado fuera de estas líneas: dōmo arigatō!

0

Puta vieja

2001

Hospital Universitario de Waseda, Tokio

Incluso si alguien hubiese estado atento a las luces de aquella pequeña habitación, situada al fondo del pasillo del ala de cuidados paliativos, le hubiese costado determinar cuándo se habían apagado. La oscuridad se hizo tras una suave transición, exactamente cincuenta y dos minutos antes, momento en el que los focos alógenos iniciaron su pérdida de intensidad. Solo una verdad a medias. Estrictamente hablando, la computadora encargada de mantener el nivel lumínico acorde con el sol ha ido variando el lumen a lo largo de toda la jornada; día tras día, tras día. Ahora se hacen más evidentes los LED de las cámaras de vídeo que, a su vez, han ido optimizado su configuración a visión nocturna. El silencio es interrumpido por el ligerísimo zumbido de los tres micrófonos estratégicamente dispuestos para recoger la más mínima perturbación sonora; pero tal distorsión, al igual que la de la nueva oscuridad, solo sería perceptible a través de una poderosa y consciente intención de oír, y ninguna de las personas aquí presentes encuentra motivo para tal

nimiedad. Es más sonora su agitación entre las cuatro paredes sin ventanas; el aislamiento exprofeso.

Observan a una mujer postrada en una cama, ¿dormida?, casi muerta, concluye sin cambios la escala de Glasgow que los más destacados residentes se encargan de cumplimentar varias veces al día. La mujer está monitorizada hasta un punto que roza lo obsceno y, más allá de alardes tecnológicos, la escena se asemeja a una de aquellas pinturas sobre el ejercicio médico del medievo; hiede a violación hipocrática.

Será una noche larga; alguien tendrá que analizar los cientos de datos registrados en los apenas diez segundos que ha durado la interrupción del estado basal de la mujer. Pero eso no parece importar a ninguno de los cinco facultativos que rodean el lecho, en especial al más veterano, el único japonés del grupo. Su mirada, lejos de las cábalas de sus colegas *gaijines*, escudriña el rostro de la paciente. Tras todos estos años, sigue sin dar crédito a la imposibilidad de su extraña belleza occidental, ahora cincelada por los caprichos de la tenue luz verdosa del monitor del EEG: imperturbable, sobrenatural. Sus ojos, a través de los párpados cerrados, atraviesan la materia y apuntan al corazón de una existencia hace mucho dedicada a descifrar un indescifrable. Lo que para el resto es una incongruente singularidad de la naturaleza, para el doctor Okuda, cobra forma de una inquietud y vuelve a sentir la mirada lamiendo sus intersticios, abriéndose hueco para anidar en su interior. Un escalofrío le queda atrapado entre el cuello de su camisa Burberry y las puntas del cabello cano. Solo espera que sus nervios no se acaben quebrando.

Al otro lado de los muros se cierne la noche de finales de noviembre; una bruma húmeda y fría atestigua el transcurso del tiempo, tan ajeno. La noche calla. El rostro de la mujer sigue inerte, desafiando cualquier ley: oscuro, perturbador, pero tan bello. Ahí reside el corazón del asunto, apartando al resto de cuestiones, cualquier intento de comprensión. De haber un Dios, se diría que hace mucho abandonó a esta mujer a su suerte.

Cuando suena el busca del jefe de mantenimiento, tres minutos antes de finalizar su turno, intuye lo peor. Lo confirma al comprobar el código que aparece en pantalla: 000_0. Conoce el protocolo y sabe que no será esta noche cuando, por fin, se folle a Yuki, la enfermera de la cuarta. En lugar de eso, pasará las horas en una espera que nunca conduce a nada.

—*Kusho baba* —farfulla para sí.

«Puta vieja».

1

Pude entrever claro el motivo de su traición

A ojos de los demás, Irene Kobayashi «siempre» había sido una puta, una guarra; y así se preocupaban de hacérselo saber.

Irene Kobayashi… Irene. Busco en los archivos de mi cabeza. Reconozco que no es algo que se me dé demasiado bien.

A los diecisiete años, estuve cerca de dos semanas en coma, cosas de una triple carambola entre el parachoques frontal de una furgoneta a setenta kilómetros por hora, una farola y el asfalto. Por fortuna, aquel incidente no dejó mayor secuela que un vacío relativo a los tiempos que lo rodean, una cicatriz y una leve amnesia que extiende sus tentáculos a lo largo de determinados episodios de mi biografía. Hay cosas que van y que vienen, digámoslo así.

Por eso, cuando ahora hablo de Irene Kobayashi, aunque diga «siempre» si escarbo en mi memoria, encuentro un tiempo en el que las vejaciones fueron otras: Irene La cobaya, la China cudeira e incluso, fruto de la más sofisticada creatividad infantil, La huérfana o la Charlie. Pero eso fue antes de que su cuerpo experimentase el cambio de niña a mujer; entonces vino lo de la puta, lo de la guarra. Nos equivocamos mucho al considerar sinónimas la bondad y la pureza de la infancia; sería mejor admitir que es puro todo lo que emana de ella y que, por

tanto, también la crueldad, la maldad, cuando se expresan, ni conocen límites ni raciocinio.

La niña Irene siempre fue diferente y los motivos para tal afirmación me tenderían al infinito. Aun así, enumero:

Mitad japonesa, mitad española, sus rasgos mestizos le relegaban a una suerte de juguete exótico que nunca quedó obsoleto o integrado.

De padres separados (lo de «huérfana» era una vileza infantil que aludía a la ausencia de la madre), en un tiempo donde tal situación se alejaba de lo habitual y a una edad en la que la empatía es solo un experimento indefinido entre dos límites.

Su fría inteligencia.

El escrutinio de su mirada.

Su prontísima belleza adolescente.

Pero era la estoicidad con la que toleraba la mofa de los otros, esa aparente indiferencia que la situaba en un plano paralelo, superior tal vez, y que decía: «Qué sabrás tú». Qué sabréis vosotros del auténtico dolor.

El auténtico dolor que guardaba en su interior nos era ajeno. Yo lo imaginaba como un carbón mojado escondido en algún lugar adentro suyo y tenía un punto incomprensible; el cómo conseguía espolear a los demás hacia las mieles de la curiosidad y al exorcismo de la repudia. Diría que a partes iguales. No era odio lo que generaba Irene, sino algo mucho peor que el odio: incertidumbre, la misma que desprendería un objeto por un lado cotidiano, pero al mismo tiempo sin nombre ni forma ni equivalente.

Hubo una ocasión, debíamos rondar los ocho años, en la que pude ver ese carbón en el centro de su pecho. Fue durante el receso entre dos clases, cuando un pequeño grupo la retenía contra la ventana que daba al patio. A contraluz, el rostro de Irene quedaba atrapado en una sombra de la que ni el intenso brillo de sus ojos rasgados era capaz de escapar. Minutos antes, el profesor había tenido la fantástica idea de

juguetear con los nombres de todos nosotros, intentando explicar algún juego de rima y mnemotecnia.

—Kobayashi se parece a cobaya —dijo, demostrando que la ineptitud puede ser más dañina que cualquier otra cosa en este mundo.

De modo que el pequeño grupo experimentaba ávido con el juego que acababan de proponer:

—Cobaya, cobaya, cobaya.

—¿Cómo es una cobaya?, a ver, Irene, pon cara de cobaya; ponla.

—Cobaaaaaaya.

Al otro lado de la ventana, las ramas desnudas de los árboles del patio se mostraban tan oscuras como la silueta de Irene a contraluz y enmarcaban su cabeza gacha en una especie de lienzo satinado. Cometí la audacia de salir a su rescate:

—¿Por qué no la dejáis en paz? ¿Qué os ha hecho?

Para mi sorpresa, aquello pareció turbar mucho más a Irene que al resto del grupo que, casi al unísono, repuso:

—Tú calla, amante de las cobayas.

Tuvo que ser alguien quien primero discurrió la réplica, pero en un segundo se transformó en consigna, como charco de pólvora bajo un misto. El fuego fue comedido, pues siempre había sacado un buen cuerpo a mis compañeros y eso me otorgaba un ligero «estatus» en la manada. Pero, de entre todas las voces y de entre todas las risas que ahora apuntaban hacia mí, para humillarme, destacó la burla de Irene. Recuerdo que no tuve tiempo de procesar. El contraluz seguía escondiendo su rostro, pero no sus palabras; al mirarla, pude entrever claro el motivo de su traición. Cosas demasiado grandes para un niño. Irene no quería que me vinculasen a ella, no deseaba que compartiese su carga. Supe que lo hizo para protegerme.

Creo que esa lección que me regaló Irene es el primer recuerdo definido (introducción-nudo-desenlace) que conservo de ella. De antes, solo me vienen imágenes de su mirada y del vínculo que estableció entre nosotros, el silencio. Sucede que determinadas personas

(determinadas miradas) invierten toda su energía al apuntarte, sin dejar hueco para nada más. Cuando yo hablaba e Irene estaba cerca, sus ojos solían brillar con el fulgor de quien, más allá de las palabras, escucha a quien habla. De seguro que la hubiese mirado igual, tal vez lo hacía, pero Irene era parca en voz. Pocas, poquísimas palabras compartimos durante todos los años que pasamos en esa cercana lejanía.

Siempre que he pensado en ella, me ha venido la imagen de su silueta al contraluz de la ventana y de esa traición que era lo opuesto a la traición. Me retrotrae a una infancia de la que no puedo decir que guarde recuerdos especialmente gratos. Para mí, solo fue una etapa un tanto anodina que había que atravesar mientras anhelaba otro lugar. No un lugar mejor, pues no recuerdo mi niñez como ninguna oposición a nada, solo un lugar diferente en el que estar interesado en escuchar determinadas voces o simplemente un tiempo en el que mereciese la pena abrir los oídos al mundo. Diría que aquel fue un proyecto nunca concluido.

Con relativa frecuencia, he recordado a Irene junto al resto de cosas que atesoro en algún cofre que abro y cierro a mi antojo: los cuentos que discurría mi abuelo antes del Alzhéimer, alguna que otra Navidad, mi hámster Flash Gordon, imágenes inconexas de tebeos tirados en una alfombra, las peleas con mi hermano, las llamas de una chimenea crepitando sobre la madera desgastada del suelo. Al contemplar esos recuerdos, mi anodina infancia lo parece mucho menos y, relativizando, Irene está en ellos muy diluida; ha pasado mucho tiempo. Por eso, ahora me sorprende la intensidad con la que me ha surgido la niña y con la que (lo intuyo) luego lo hará la joven adolescente.

Nadie sabe lo perdida que está mientras jadea desnuda en la pantalla retina de mi iPad Pro.

A ojos de los demás, siempre fue una puta, una guarra. Quien no tenga motivos para transcender la superficie los encontrará de sobra para considerar así.

Pauso el reproductor multimedia (un primer plano de los pechos de Irene queda congelado en altísima resolución) y valoro no sé el qué. Apago la pantalla desbordado por una imperiosa sensación de *déjà vu*, como un recuerdo que quiere hacerlo, pero no aflora. Siento cómo la cicatriz escondida en mi cuero cabelludo palpita con un leve picor; cómo la pequeñísima prolongación que queda expuesta en mi sien izquierda se acorcha, pierde sensibilidad.

—¿Viendo porno? —dice la voz de Claudia a mis espaldas.

La miro, por algún motivo necesito un abrazo; y, por el mismo motivo, ni se lo pido ni se lo doy.

2

Los brochazos finales que darán forma y color a su recuerdo

No es hasta después de la cena que Claudia me vuelve a sacar el tema, su curiosidad esconde un ligerísimo reproche que ella nunca acertará a reconocer.

—Pero, entonces, ¿me quedo a dormir o prefieres seguir mirando porno a solas?

—¿Sabes?, la chica del vídeo es una amiga de la infancia.

—¡Venga!, ¿en serio?

Asiento y me enciendo un cigarro.

—Compañera de clase, desde primaria hasta el instituto.

No contextualizo mucho más, lo de amiga tal vez sea mucho decir y, por otro lado, se queda muy corto. Los ojos de Claudia imploran por el chascarrillo mientras me quita el cigarro de la boca y se lo lleva a la suya. Me enciendo otro antes de comenzar el relato de lo sucedido esta misma tarde.

«Habíamos acabado el trabajo algo antes de lo habitual, así que Ricard y yo consensuamos dejar los temas pendientes y tomarnos el resto del día libre. Bajamos juntos a pie hasta la parada de metro de la Diagonal y ahí nos despedimos. Seguí por Paseo de Gracia camino al

Fnac de plaza Cataluña. A pesar de que todavía estamos en noviembre, Barcelona se empeña en forzar las Navidades a la vuelta de la esquina. Es una etapa jodida, porque me trae recuerdos que más me valdría acabar de enterrar de una vez por todas; pero no los entierro y a punto estaba de caer en revuelcos sobre amores perdidos y heridas cardiacas (omito estas últimas consideraciones para Claudia, claro). Escuché un «Ey, ey, ey» a mis espaldas y me encontré con un tipo que me resultaba familiar, pero que no acabé de ubicar hasta que me dijo su nombre. El típico compañero de instituto al que no has vuelto a ver desde entonces. Las cosas como son, gran parte de mis compañeros de instituto orbitan un claroscuro en mi memoria; a estas alturas, estoy acostumbrado. El fulano estaba muy desmejorado y lo único que le persistía era una sonrisa del tipo bobalicona que consiguió recordarme por qué nunca había sido de mi confianza.

Cuando sonrió, volvió a aparecer el mismo adolescente superficial y egoísta, hijo de papá. Su atuendo resultaba un punto forzado, tal vez demasiado clásico para alguien de treinta y pocos: ropa apilada sin ningún rastro de gusto, bastante cara; parece que las cosas le habían ido bien en ese sentido y él se encargó de dejármelo claro con no sé qué historia de coches traídos de Alemania y de grandes ventas. Enfatizó las cosas como si fuese el domador de la gallina de los huevos de oro. En tres minutos había pronunciado la palabra «dinero» como en veinte variantes diferentes, antes de interesarse en qué hacía yo con mi vida; que qué tal después del accidente y demás. Por pura cortesía, le contesté que me dedicaba a la publicidad, pero no tardó en cambiar de asunto y llenarme los oídos con que tenía un crío y con lo mucho que lo quería, para luego desubicarse acerca de alguna compañera de trabajo que le tiene loco. Como si una cosa le hubiese llevado a la otra.

—Oye, no estás en el Facebook de clase, ¿verdad?, del "insti" —me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja, justo cuando parecía estar a punto de despedirse.

Le dije que no tengo Facebook.

—Espera, espera… Entonces, ¿no has visto el video de La cobaya?

Al principio no caí de qué cojones me estaba hablando y él se puso a dar unos ridículos saltitos fruto de la emoción.

—Joder, ¿no te acuerdas de la guarra? *Mecaguenlaputa*, ¡lo vas a flipar!

—¿De Irene, dices?

Asintió.

—Hace un par de días el Toni, ¿te acuerdas del Toni?, colgó un link a un vídeo porno de la colega. Porno, chaval, uno de esos vídeos porno japoneses; Dios, ¿qué me dices?, ¿no te parece lo más grande que has escuchado en tu vida?

No lo era.

—Métete, tío —continuó—. Es increíble, la tía ahí follando como una loca. Claro que ya apuntaba maneras, es decir, a ver quién no se ha tirado a Irene alguna vez; pero de ahí a un vídeo porno. ¡Un morbazo! Tienes que verlo.»

—¿Tú también te acosaste con ella? —me pregunta Claudia.

—No.

—Venga… ¿O es que solo se lo montaba con los guapos?

Discurro algún tipo de argumento ingenioso para dejarle claro que nunca me acosté con ella, aunque tampoco les hacía ascos a los feos (en eso sí que tenía razón el capullo de la tarde). Amortiguo un poco algo que necesitaba ser amortiguado.

Claudia empieza a preguntarme un montón de cosas sobre Irene. Mientras respondo a sus pesquisas, van llegando los brochazos finales que darán forma y color a su recuerdo. Como era de esperar, me pide que le muestre el vídeo en cuestión y, aunque dudo, no encuentro ningún motivo de peso para no pasarle el iPad y el código de desbloqueo. Salgo al balcón a fumarme otro cigarro.

La noche cae fría, pesada. Desde detrás de la cristalera llegan los gritos y jadeos de la que fue mi compañera, con una voz aguda y forzada que no recuerdo como suya. Todo tiene un punto de irreal en el refugio de mi balcón. La brisa arrastra las volutas de humo, las separa y

esparce hasta que no queda rastro de ellas por mucho que te empeñes en seguirlas.

Claudia sigue sosteniendo el iPad en su regazo con el ceño fruncido. Al rato, aparece a mi lado.

—Putos japoneses… De todas formas, los tíos dais bastante asco. ¿Quién puede ponerse con algo así?

—Hombre, a ver Claudia, para eso está el porno, ¿no?

—Pues a mí me parece lo menos erótico del universo —me abraza desde atrás—. ¿Te ha puesto cachondo?

—Qué quieres que te diga… no he conseguido verlo entero, se me ha hecho un poco extraño; como si al mirarlo estuviese espiando a Irene, o algo por el estilo.

—¿Qué dices? Oye, el vídeo lo habrá grabado para exhibirse, ¿no?, para que la gente lo vea. Vamos, me parece un poco ridículo el pensar así.

—No sé, diría que muchas de las cosas que hacía Irene eran para esconderse. Da igual, es complicado, pero he tenido la misma sensación al ver el vídeo.

Claudia sigue abrazada a mi espalda en el silencio del balcón, dejando un espacio a mis pensamientos porque intuye que necesito así. Es una chica maravillosa y ese hecho me resulta poco reconfortante. Pienso en un universo lleno de volutas de humo esparcidas, difuminadas hasta que no queda rastro de ellas por mucho que te empeñes en seguirlas. Como determinados recuerdos.

—Bueno, basta ya de compañeras de clase y de tías buenas desnudas, ¿ok? —dice de pronto, como si acabase de salir de algún ensimismamiento, y me golpea en el hombro con la mano abierta—. Ahora estás conmigo, a ver si voy a tener que partirte las piernas.

Me giro y le doy un beso mientras intento dejar de lado el tema del video y de Irene, pero sigo sintiendo esa especie de *déjà vu* azuzándome a pulsos regulares, como una semilla subliminal que acabase de enraizar en un sustrato poco fértil.